

# El siglo de Cortázar

Mauricio Molina

Mil novecientos catorce marca un año de centenarios de una importancia suprema desde el punto de vista de la literatura y de la historia. En ese año nacen Octavio Paz, Efraín Huerta, José Revueltas en México, Nicanor Parra en Chile, y Adolfo Bioy Casares y Julio Cortázar en Argentina. A estos nombres podríamos añadir a William Burroughs y Marguerite Duras. Por esos días, en Sarajevo, asesinan al archiduque Francisco Fernando, heredero al trono del Imperio Austrohúngaro, hecho que marca el nacimiento sangriento del siglo xx con el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Julio Cortázar fue testigo de las atrocidades y hallazgos del siglo xx. Desde las conflagraciones a nivel mundial, de los golpes de Estado en Latinoamérica, hasta el surrealismo, el dadaísmo, las vanguardias artísticas y literarias, el apogeo del jazz, que marcarían su obra de manera definitiva.

Mi primer contacto con la obra de Julio Cortázar ocurrió, como el de tantos otros, en la adolescencia. Recuerdo las noches cuando prendía un cigarro y me sentaba frente a un libro que me tenía deslumbrado y del cual no podía separarme: *Rayuela*. Como muchos lectores de este libro, estaba enamorado de la Maga, seguía a Horacio Oliveira en sus vagabundeos por París y deseaba formar parte de una pandilla como el Club de la Serpiente; quería tener un amigo chino como Wong, hablar en glíglico con mi novia y tomar yerba mate. Gracias a *Rayuela*, y a otros libros, aprendí que la literatura no era ir a la morgue con maestros de literatura, abrir cadáveres y disecarlos, sino una forma de compromiso con la vida, de explorar el mundo, de mirarlo con los ojos del sueño y la imaginación.

En febrero de 1963 fue publicada *Rayuela* de Julio Cortázar. Cincuenta años: la prueba de ácido, según Borges, para determinar la trascendencia de un libro. *Rayuela* se convirtió rápidamente en un libro de culto. Sus cualidades técnicas, la estrategia narra-

tiva, su carácter abierto la convierten, desde mi punto de vista, junto a *Cien años de soledad*, en la mejor y más imaginativa de las novelas del llamado *boom* latinoamericano.

Tendrían que pasar años para que aparecieran autores como Perec, Italo Calvino o Milorad Pavić que desarrollarían las propuestas formales de Cortázar. Novela rompecabezas, mosaico de múltiples voces, cumple a la perfección con la idea de obra abierta de Umberto Eco o de la composición dialógica de Bajtín. Podríamos decir que se trata de una narración generativa, es decir, que procede como un rizoma donde diversas voces e historias avanzan a lo largo del texto y producen secuencias propias.

La novela de Cortázar anticipa y prefigura múltiples vertientes de la narrativa que van mucho más allá de su estructura aparente de rompecabezas. Los fragmentos correspondientes a Morelli, al mismo tiempo *alter ego* del propio Cortázar con máscaras de Borges y Macedonio Fernández, contienen una reflexión sobre la novela y el arte de la narración de una manera mucho más eficaz y lúdica que los exponentes de sus contemporáneos franceses del Nouveau Roman.

Pero *Rayuela* es mucho más que una lección de libertad y opciones vitales. El entramado de sus discursos, saturado de citas literarias, referencias filosóficas y apuntes culturales múltiples, me llevó a comprender los problemas de la escritura narrativa. Pronto se convirtió en un libro de consulta. *Rayuela* es un libro que hace preguntas sobre el amor, la ciudad, el tiempo, la realidad. Su virtud máxima consiste en que nunca las responde. Formular una buena pregunta suele ser más importante que contestarla. Su apuesta de apertura formal, su compleja imposibilidad de conclusión hacen de *Rayuela* una novela de indagación y especulación. Se trata, en este sentido, de una novela de aprendizaje.

Más tarde leí sus cuentos. Me adentré en las preocupaciones de un escritor que había descubierto un mun-

do y lo había explorado. Comprendí entonces que escribir era una forma de aventura, una espeleología a domicilio, una cacería de fantasmas, una forma, en suma, de adentrarse en lo desconocido. Cortázar trabajó siempre desde el otro lado de lo real, ya para criticarlo o para explorar el lado oscuro de la imaginación, del lenguaje y las pasiones. En este sentido se trata de un escritor comprometido, sobre todo, con la literatura. Este compromiso forma parte de una perspectiva crítica, profundamente radical, del escritor hacia sus instrumentos y hacia la realidad que lo rodea.

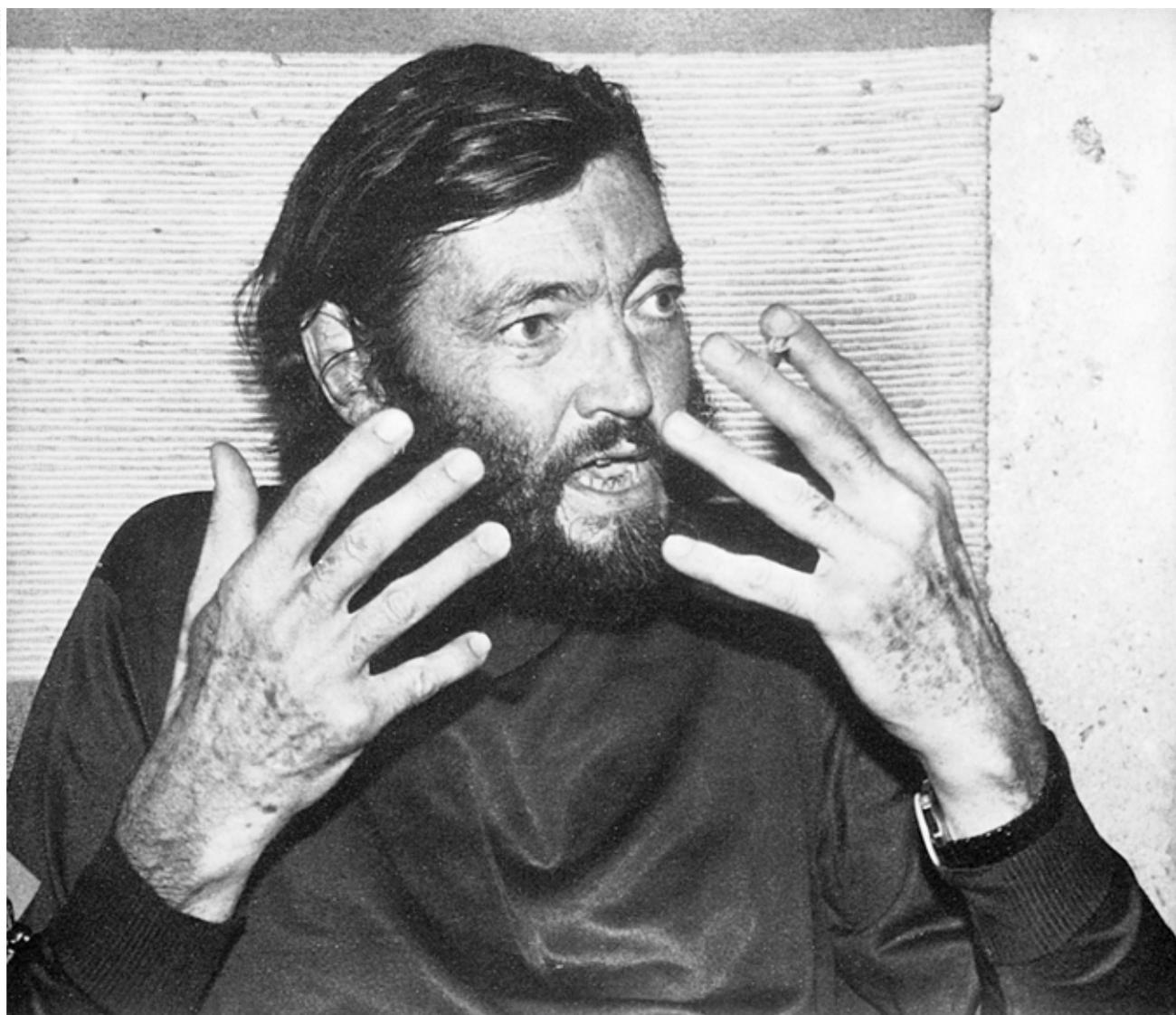
A lo largo de cada uno de sus libros Cortázar siguió el llamado de sus fantasmas y demonios. En sus cuentos hay siempre una atmósfera inquietante de sueño y de locura que nos revelan una sensibilidad en continua lucha con el orden prefijado de la lógica y las buenas costumbres. Escritor oscuro de la estirpe de Poe, pero dotado del humor de un niño kafkiano alimentado con cómics y jazz, Cortázar se adentró en la indagación de todo aquello que fuera extraño, distinto.

Uno de los rasgos de la literatura fantástica reside en su carácter profundamente político, ya que supone, de entrada, un conflicto con el mundo real, un deseo de

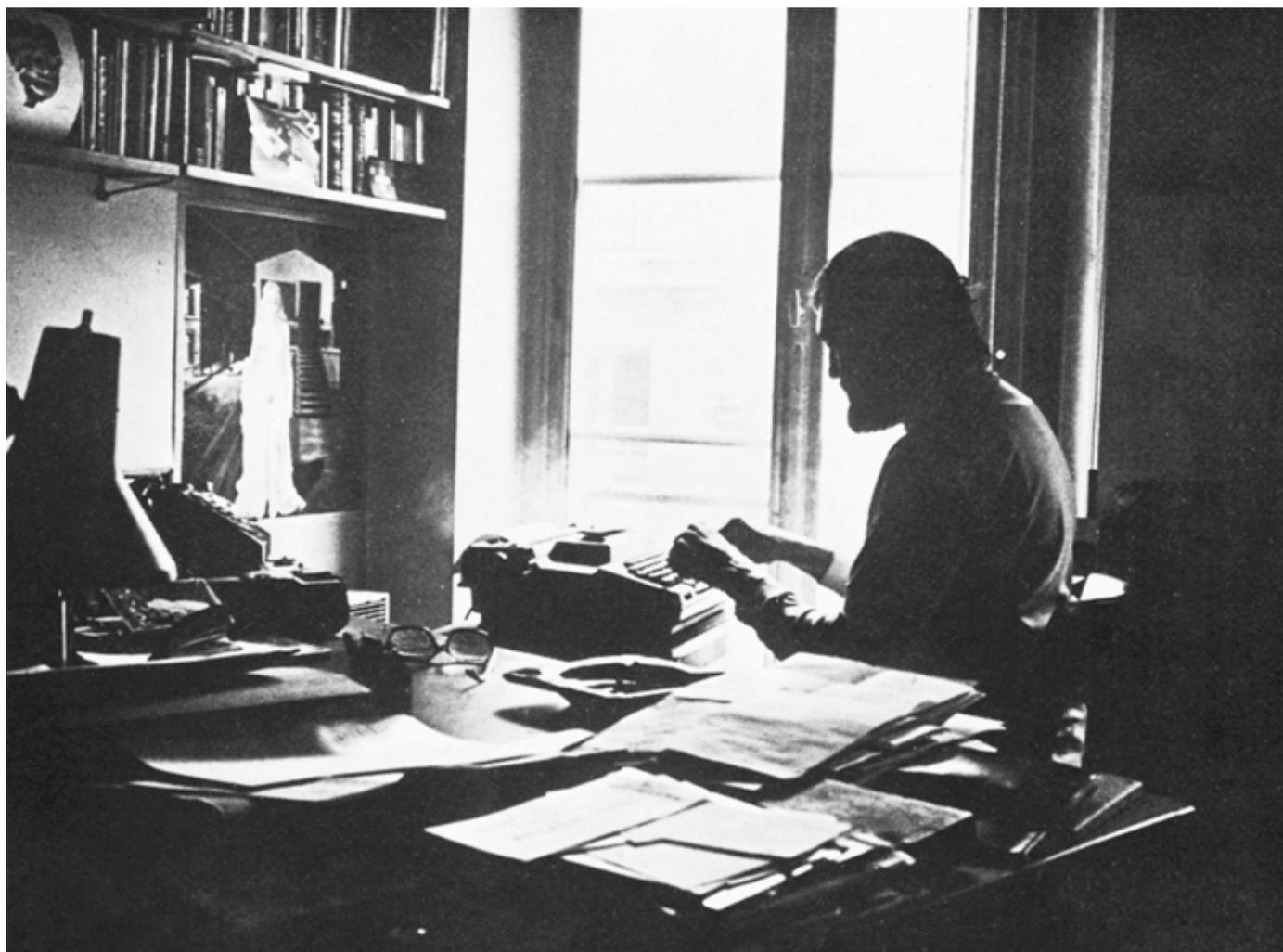
cambiar las leyes (religiosas, sociales, físicas, causales) y de convertir lo que nos rodea en un mundo lúdico, más libre, menos determinado, abierto al azar y a la magia cotidiana.

Ezra Pound distingue tres tipos de artistas: los Inventores —que descubren un procedimiento—, los Maestros —que combinan varios procedimientos— y los Repetidores —que reproducen acriticamente la tradición heredada—; Cortázar, a través de sus libros, fue un inventor: descubrió nuevos horizontes para el arte narrativo en nuestra lengua dándole una mayor amplitud de registro y exploración. Es sin lugar a dudas el autor más genial de una generación de escritores de innegable talento.

Se suele reprochar a Cortázar el no haber escrito siempre libros a la altura de *Rayuela*, *Bestiario* o *62 / Modelo para armar*; se ha dicho hasta el cansancio que escribió libros ligeros, lúdicos o “comprometidos” (fea palabra que la Academia trata en vano de borrar). Este reproche recuerda al que se le hacía a Rulfo en el sentido de que había guardado silencio. No todas las obras de un escritor son las definitivas y radicales; exigir esto a un artista es demasiado. Como muchos escritores, Cortázar



© E. Gamondés



© Pepe Fernández

Julio Cortázar en París, 1979

tuvo libros de distinta factura; sin embargo, hay una profunda coherencia en su proyecto vital, que consiste en el desarrollo de una escritura polimorfa, capaz de incorporar relatos, poemas, ideas y citas, siempre desde una perspectiva personal de la literatura. Libros como *La vuelta al día en ochenta mundos* y *Último round*, que entremezclan cuentos, ensayos y poemas con fotografías y dibujos, constituyen ejemplos de resolución al problema de la intertextualidad y la pluridiscursividad, tan manejado por Bajtín y la crítica postestructuralista contemporánea.

Dentro de este *collage* de escrituras no podían faltar las ideas políticas. Cortázar fue algo más que un simple intelectual comprometido con el socialismo; fue, sobre todo, un rebelde, un héroe cultural, un crítico de la realidad latinoamericana, un francotirador que disparaba contra la solemnidad y la moral imperante en nuestra lengua. Un terrorista que ponía bombas en la Academia y hacía saltar por los aires a los profesores timoratos. Su posición política, siempre a la izquierda, nos reveló a un hombre que buscaba la liberación en todos los ámbitos: social, político, imaginario. En este sentido el trabajo de Cortázar está marcado por la pasión: pasión por el juego, la imaginación, la igualdad. Esta búsqueda está signada por su tiempo. Mucho de lo que

pensaba desde el punto de vista político se percibe hoy un tanto ingenuo.

Sin embargo, en los libros de Cortázar hay una crítica implícita al totalitarismo de una realidad impuesta y sobredeterminada: ¿qué significa explorar el lado oscuro del erotismo y la imaginación o desacralizar a la cultura imperante, sino partir de una posición siempre libertaria? ¿Qué implica escribir novelas que atentan contra la linealidad (*Rayuela*), que se rebelan contra la lógica causal (*62 / Modelo para armar*) o que son de entrada chocantes por estar armadas a través de recortes de periódicos (el *libro de Manuel*), sino una rebeldía constante contra la fijeza de la literatura?

En los años sesenta y setenta el intelectual latinoamericano era identificado con el compromiso político y la guerrilla teórica: su papel era profundamente crítico y radical. A la luz de la desaparición de los países comunistas, estas posiciones se han vuelto problemáticas. A diferencia de estos casos, Cortázar representa a la estirpe de los que se la jugaron desde la alteridad del sueño y la política, desde la zona vedada de la imaginación y el compromiso, palabras que parecen haber perdido, hoy, todo sentido.

Como en el poema de Constantino Cavafis, “Esperando a los bárbaros”, Cortázar forma parte de los otros,

los bárbaros que nunca llegaron, pero que al menos nos daban una esperanza de cambio, una posibilidad de transformación, una solución. Es muy fácil hablar de su equivocación política y de su ceguera frente al totalitarismo soviético y cubano, sobre todo si se habla desde la comodidad de la Academia, la neutralidad aparente y la falta de un compromiso con la realidad. No hay nada más cómodo que guardar los libros de Cortázar en el cuarto de los trebejos, junto a los posters del Che Guevara y los cocteles molotov, hacer como si no hubiera pasado nada y sustituirlos por el confort de las buenas conciencias y las ideas pasteurizadas. La amnesia es demasiado fácil.

Durante el periodo estaliniano en Europa del Este poetas y escritores como Mándelstam, Bulgákov y Kundera eran la representación del Mal. Unos fueron aniquilados; otros vivían en el exilio. Sin embargo, su presencia (o su ausencia) al interior de sus sociedades tenía un significado profundo de crítica y diferencia: eran los bárbaros, los otros de sus sociedades, los ocultos.

Ese papel toca en nuestro ámbito a escritores como Cortázar, como Neruda, como Revueltas en México y como muchos otros escritores de izquierda: son el Mal, los otros, los bárbaros que buscaron la transformación del mundo y que regresaron derrotados por la Historia. Su destino es el de los héroes trágicos: combatieron contra la Realidad, la Explotación, la Miseria y perdieron en la lucha. En este sentido el trabajo literario y la perspectiva política de Julio Cortázar son inseparables. Separarlos implicaría una amputación acrítica de las ideas y el trabajo literario, como si ambos no se produjeran con una misma herramienta: las palabras.

Finalmente, diré que la obra cortazariana está cifrada por la búsqueda de la alteridad política, por su compromiso de lucha contra una realidad impuesta, alteridad imaginaria, porque indaga sobre lo desconocido, alteridad radical, porque jugando desde la perspectiva del sueño y la imaginación ha dado nombre a lo que no tiene palabra.



Julio Cortázar cinetizado por Pol Bury (Foto Pic)